

Las marcas de clase de la inseguridad ciudadana

Juventud y pobreza

Gabriel Chouhy¹ - Sebastián Aguiar² - Laura Noboa³

Cuando los montevideanos hablamos de inseguridad, los pobres y los jóvenes aparecen como categorías sociales predilectas en la asignación de estigmas. Más allá de lo que ocurre “de hecho”, cuando el miedo urbano se expresa en las “percepciones” de los ciudadanos los sujetos peligrosos tienen generalmente una edad y una clase social bien definida. Aquí se analiza cuáles son los mecanismos que se ponen en juego para prescribir las características de los sujetos peligrosos, clasificarlos y fijar un sistema de diferencias en la asignación de los estigmas. A su vez, se analiza cómo y cuáles son las reacciones de cada uno de los grupos de edad y clase social frente al estigma y la discriminación, cuando se ven señalados como portadores del peligro. En conjunto, estos discursos permiten visualizar la complejidad de los mecanismos que la fragmentación urbana dispara: las fronteras simbólicas de la convivencia en la ciudad son también productoras de la exclusión y la desigualdad.

Introducción

La percepción de inseguridad ciudadana es un índice general y relativamente preciso de la salud de los mecanismos de integración social, o sea, del grado de interacción entre distintas clases sociales. Desde diversos enfoques, distintas teorías (Castel, 2004; Hayward, 2004) y estudios nacionales (Dominguez, 2007) han sugerido la necesidad de buscar explicaciones estructurales ante la proliferación colectiva de los miedos y el incremento sostenido de lo que se ha denominado “sensación térmica”. Bajo estas perspectivas, se sostiene que vivimos en sociedades marcadas por la “inseguridad estructural” (Paternain et al, 2008): la aceleración de los cambios, la caída de los relatos, el aumento de las incertidumbres respecto a las chances de movilidad social, el creciente déficit de los agentes básicos del bienestar (estado, familia, mercado) son factores que, operando de manera con-

junta, configuran el escenario propicio para la multiplicación del temor ciudadano.

- 1 Sociólogo, Diplomado en Análisis Sociodemográfico Aplicado a la Gestión. Docente investigador del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Analista en Uruguay del programa PISA (Programa Internacional de evaluación de aprendizajes), Administración Nacional de Educación Pública. gchouhy@fcs.edu.uy
- 2 Sociólogo, Máster en Sociología. Docente investigador del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Investigador activo del Sistema Nacional de Investigación e Innovación. saguiar@fcs.edu.uy
- 3 Socióloga, candidata a Máster en Sociología. Docente investigadora del Departamento de Educación Médica, Facultad de Medicina, Universidad de la República. Investigadora activa del Sistema Nacional de Investigación e Innovación. Analista en Uruguay del programa PISA (Programa Internacional de evaluación de aprendizajes), Administración Nacional de Educación Pública. lnoboa@fmed.edu.uy

El análisis de los determinantes de la “inseguridad estructural” no es, por cierto, el objeto central de este artículo. Ahora bien, gran parte de sus efectos, sus derivaciones, sí resultan de interés, desde el momento en que la creciente percepción de inseguridad alimenta la emergencia de distintos discursos que asocian la violencia y la delincuencia con determinados grupos sociales. Así, algunos autores constatan un retorno de las “clases peligrosas” (Castel, 2004; Paternain et al, 2008), verdaderos contingentes humanos azotados por la pobreza extrema y la exclusión social, que habitan los márgenes de las ciudades, siempre condenados a la estigmatización y el confinamiento territorial (Katzman & Retamoso, 2005; Katzman, 2001; Wacquant, 2001). Estos discursos sobre las “clases peligrosas” se apoyan en la construcción de “...reputaciones y categorías morales, muchas veces cargadas de los estereotipos más arcaicos del imaginario social. El sentido de las cosas se convierte en una suerte de saber objetivo sobre los lugares y los sujetos de los cuales se habla. Así, los miedos y las ideas de peligro devienen en poderosas “profecías autocumplidas” que reproducen la exclusión, las asimetrías y las inseguridades” (Paternain et al, 2008).

Si este “estado de opinión” respecto a la peligrosidad de determinadas clases sociales ha sido largamente constatado, todavía no se han analizado con detenimiento los mecanismos propiamente discursivos que, cuando se habla de inseguridad, se ponen en juego para prescribir sus características, clasificarlas y fijar un sistema de diferencias en la asignación de los estigmas. A esta tarea está dedicado este artículo, y para ello propone la revisión del discurso relativo a los “sujetos peligrosos”, uno de los principales emergentes de la investigación “Usos y Apropiaciones de los Espacios Públicos de Montevideo”⁴.

4 La investigación fue financiada por Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República en el año 2005, y estuvo radicada en el Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, bajo la coordinación de Verónica Filardo. Sus principales objetivos fueron, por un lado, estudiar el uso y la apropiación de los espacios públicos en Montevideo en el 2005 desde la perspectiva de las relaciones de edad y, por el otro, conocer desde una mirada diacrónica las diferentes formas de uso y apropiación que se dieron a lo largo de las últimas 5 décadas por las diferentes grupos de edad que en tanto jóvenes usan (usaron) y viven (vivieron) la ciudad. Por mayor infor-

La hipótesis central que aquí se defiende sostiene que el discurso relativo a la inseguridad ciudadana se encuentra socialmente estratificado. Las categorías sociales percibidas como peligrosas (y los lugares de la ciudad donde generalmente residen o circulan) ocupan posiciones bien delimitadas en el espacio social, y por lo tanto los mecanismos de clasificación y asignación de estigmas (en el sentido de Goffman, 1963) afectan diferencialmente a las clases sociales. Al mismo tiempo, como las posiciones que los individuos ocupan en el espacio social se corresponden, tendencialmente, a una serie de disposiciones (*habitus*) que organizan la experiencia de los agentes (Bourdieu, 1979) y, en consecuencia, moldean sus percepciones y prácticas, el discurso sobre la inseguridad ciudadana “clasifica” sujetos y lugares peligrosos siguiendo también un sesgo de clase.

Se trata entonces de desentrañar las reglas que rigen la identificación, clasificación y estigmatización de estos sujetos peligrosos –categorías sociales que generan inseguridad en los miembros de los grupos de discusión realizados durante la investigación–. Estas reglas deben ser tenidas en cuenta en la caracterización del discurso social dominante que moldea la percepción de la inseguridad ciudadana. Los lugares (sociales y geográficos) donde son ubicados estos sujetos constituyen signos inconfundibles de las fronteras reales y simbólicas de la ciudad habitada (Filardo et. al., 2005). Forman parte, en otras palabras, de sus principios fundamentales de fragmentación.

¿Cuáles son los rasgos distintivos de este discurso? ¿Bajo qué formato se presenta? ¿Cuáles son las reglas que rigen su aparición? ¿Sobre qué puntos se focaliza? ¿Qué efectos genera? El análisis de los grupos de discusión aporta algunos resultados significativos para responder a estas interrogantes. Tres son los movimientos que para ello se realizan.

En una primera instancia, se detallan los principales rasgos del diseño de investigación y se enuncian algunas categorías conceptuales que justifican y dan validez a la estrategia analítica desarrollada. En segundo lugar (sin todavía introducir clasificaciones), se analizan, en base a un par de ejemplos, los mecanismos discursivos que naturalizan la relación de la pobreza y la juventud con la delincuencia. En la tercera parte, se intenta ver cómo la naturaleza de

mación sobre el proyecto, ver informe final en www.fcs.edu.uy

los sujetos identificados como peligrosos –más precisamente, el peso que adquieren ambas dimensiones (económica y etaria) en las prácticas discursivas constitutivas de estos sujetos– presenta variaciones correlativas a la clase económica y la clase de edad del sujeto de discurso que los produce. Finalmente, se sintetizan los principales hallazgos, que de alguna manera destacan la importancia de una mirada que aborde las cuestiones de inseguridad ciudadana a la luz de la estratificación social de los imaginarios.

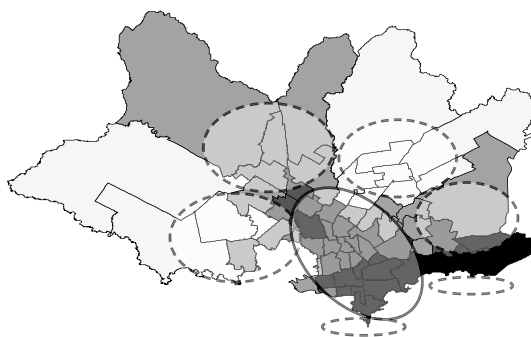
I. Métodos y clases

Los numerosos grupos de discusión realizados con personas de distintas edades, posiciones económicas y geográficas permiten obtener una verdadera radiografía del discurso sobre la inseguridad que cotidianamente elaboran los ciudadanos de Montevideo.

El trabajo de campo cualitativo, desarrollado entre octubre de 2005 y octubre de 2006, consistió en 26 grupos de discusión reclutados conforme a dos criterios base de homogeneidad entre sus integrantes: la edad y el nivel socio-económico (NSE). Asimismo, se incorporó la variable sexo como tercer criterio para la conformación de los grupos.

Tramo de edad	NSE		
	Bajo	Medio	Alto
15 a 19 años	Muj, Mix, Mix	Mix	Mix, Mix
20 a 24 años	Mix	Mix, Mix, Muj	Mix, Hom
25 a 29 años	Muj	Mix, Muj	
30 a 39 años	Muj, Mix	Mix	
40 a 49 años	Mix	Mix	
50 a 59 años	Mix	Mix	Mix
60 años y más	Mix, Muj	Mix	

Se consideró además del NSE de los integrantes, sus zonas de residencia, como se muestra en el mapa: los óvalos muestran las zonas de donde provenían los participantes de los grupos.



La pauta de los grupos de discusión constaba de dos partes, la primera referida a la edad y en particular a la juventud actual y de los participantes, y la segunda centrada en los usos de la ciudad. La inseguridad, el miedo urbano, fue un emergente recurrente en todos los grupos de discusión. El discurso sobre este tema es el objeto de análisis de este trabajo.

Por otra parte, las distintas posiciones en las relaciones económicas y de edad que “representan” los grupos se utilizan para arribar a “clases”. La apelación a la ya clásica noción de “clase”, en su doble acepción de conflictiva y relacional, constituye un paso necesario para interpretar correctamente las “tomas de posición” que se traslucen cuando se torna evidente el fuego cruzado de los discursos. Cada grupo de discusión construye una “verosimilitud referencial” (Ibañez, 1979), que localiza y otorga sentido a los referentes en disputa (los sujetos peligrosos). La “clase” es la clave interpretativa (la categoría de estratificación) de un discurso que, como se verá, evidencia una funcionalidad nitidamente orientada.

La teoría de clases cayó en las décadas del 80 y del 90 en un grave descrédito, en particular por las tesis de que las desigualdades materiales ya no dan origen a comunidades y que la individualización ha destruido cualquier relación que existiera entre la posición económica y la identidad de clase. El inconcluso capítulo sobre las Clases Sociales de El Capital, donde Marx dista de aclarar todas las dudas que genera la categoría, y décadas de interpretaciones más o menos dogmáticas no han hecho sino complicar el asunto.

En la introducción al dossier sobre clases sociales de la revista *Sociology* (2005), la editora S. Lawler defiende que éstas permanecen vigentes como mecanismo para el análisis de formas de desigualdad, que asocian el nivel económico y elementos culturales y simbólicos, en una acepción más dinámica:

como parte de un sistema de desigualdades de base económica reproducido en los procesos sociales. En particular Savage (2000) propone un “análisis de clases culturalista”, centrado en la forma en que en diversos escenarios procesos de desigualdad se producen y reproducen, y en cómo esto implica prácticas económicas y culturales. Savage destaca que aunque las identidades colectivas de clase sean débiles, las personas continúan definiendo su identidad individual en términos que implican comparaciones relacionales con miembros de varias clases sociales, en particular, relaciones de superioridad o inferioridad percibidas en el terreno económico. De aquí se desprenden identidades de clase más implícitas, pero que aún cubren la identidad social de las personas, porque las clases son en la actualidad entendidas prácticamente, más que como tipos de colectivos, como “modos de diferenciación” (Savage, 2000:102), como formas de erección de fronteras y su mantenimiento en términos culturales. En este sentido, se vuelve pertinente también la noción de “clases de edad”, en tanto identidades que funcionan como modos de diferenciación, que implican relaciones de superioridad o inferioridad. Este énfasis en las clases como mecanismos centrales en el emplazamiento de las personas de sí mismos y de los demás tiene una fuerte inspiración en los trabajos de Bourdieu, que sostienen que las desigualdades de clase se reproducen en la diferenciación jerárquica de los gustos (Bourdieu, 1990, 1991, 1996).

Estas distinciones posicionan a los individuos en relaciones, y constituyen no estrictamente “identidades de clase” en el sentido tradicional, pero sí identificaciones de clase y enclavados, bajo el nivel de la conciencia y el lenguaje, más allá del escrutinio introspectivo o el control: estriban en los diferentes *habitus* de clase (1990:467). Como señala Savage, los argumentos de Bourdieu conducen no tanto a un énfasis en la clase como una heroica agencia colectiva, sino como un implícito, codificado en el sentido de la persona de su propia posición y de las posiciones de otros.

Desde los estratos de edad y nivel socioeconómico seleccionados, desde su discurso, se arriba a “clases” en este sentido de codificador de posiciones y desigualdades; en el proyecto de investigación y varios de sus productos (Filardo et. al 2006, 2007, 2008) se arriba, desde los estratos, a sistemas de diferencias en las posiciones en las relaciones econó-

micas y de edad, y a dinámicas de clase, conflictivas, enfrentadas.

II. Marcas y dispositivos

Al hablar de inseguridad, ésta se deposita recurrentemente en sujetos con determinadas características. Asignándole una mayor o menor relevancia, cuando se habla sobre la ciudad se habla de inseguridad, y de la inseguridad el discurso salta a la clase social (económica). Algo similar sucede cuando el discurso hace referencia a la edad: la juventud se ve problematizada, y el desplazamiento conduce nuevamente a la inseguridad. Hablando sobre diferentes asuntos, el grupo de discusión construye sujetos peligrosos generalmente marcados por su edad y posición económica. Se trata entonces de mostrar cómo desde los lugares inseguros rápidamente se llega a los pobres como sujetos peligrosos, y cómo cuando se habla de los jóvenes se los asocia también a esa clase de sujetos portadores del peligro en la ciudad.

Precisamente, el grupo de discusión reúne una serie de propiedades que hacen posible un tipo de análisis de discurso que habla más de las condiciones de producción de ese discurso que de la interpretación de los hablantes sobre esas condiciones. Si la narración, propia de la entrevista en profundidad, da cuenta de la apropiación coherente e individualizada de la historia por parte de un hablante; el diálogo producido en interacción, incoherente por definición, habilita la observación de la historia incorporada por salir del discurso (Callejo, 2002). El grupo de discusión permite, en la medida en que recrea las condiciones propias de un proceso conversacional, activar la memoria social y compartida de sus participantes. La situación de interacción se erige en observatorio para la religación ideológica y afectiva de los distintos sectores de la sociedad (Ibidem).

Son estas propiedades las que posibilitan –y obligan a– un tipo de análisis particular del discurso grupal, necesariamente diferenciado del análisis característico del texto producido en el contexto de una entrevista. Es que si en la entrevista la atención se centra en la interpretación de los significados del discurso del hablante, el análisis de su linealidad y coherencia lógica, en el grupo de discusión deberán considerarse las razones prácticas –en el sentido de Bourdieu (1994)– que entran en juego en el devenir del diálogo para producir un discurso “razonable” y

“ajustado” a la condición del grupo. El análisis del diálogo, entonces, deberá prestar sumo cuidado a la pluralización excesiva del discurso grupal: no es una sumatoria del discurso individual e independiente de los hablantes, sino más bien un encadenamiento de microdiscursos.

En el siguiente diálogo se habla de las relaciones de edad, y particularmente se hace referencia a la transformación del vínculo intergeneracional entre padres e hijos. No llama la atención la sustancia de este discurso, sino una lógica, “razonable” desde la óptica del grupo, que secuencia significados aparentemente provenientes de diferentes asuntos, y produce un discurso que erige a los jóvenes como sujeto peligroso.

– *Mi hija que tiene 17 (...) yo la crié a la manera que me criaron a mí. (...) Y ella ahora está criando distinto a sus hijos ahora y está perfecto. Y el nieto, yo tengo un nieto ahora de 5 años y ;mija, te hace cada pregunta!*

– *Pero vos viste cómo ahora te agarran la cartera y viste cómo tiran a las personas de edad para sacarle un peso!!! La lastiman y todo. Da miedo andar en la calle.*

– *Claro también ha cambiado mucho... (silencio)*
(Clase baja, mujeres +60)

Los saltos parecen incoherentes si el análisis remite únicamente a la superficie del texto. Así, no habría forma de relacionar la discusión sobre el modo de educar a los hijos en los tiempos que corren con el aumento de los delitos. El discurso adquiere sentido (o más bien contexto) cuando se mira la clase de edad y la clase económica desde donde se lo produce: personas mayores que conviven cotidianamente en un ambiente social pauperizado y donde los jóvenes son percibidos como una amenaza a su seguridad física. Lo que resalta del diálogo no es la veracidad de las afirmaciones, sino la presencia siempre latente de un dispositivo que asocia mecánicamente juventud a delincuencia.

Con la posición económica el mecanismo es similar. El Estadio, por ejemplo, es otro de los lugares identificados como crecientemente inseguros. Al mismo tiempo, parece estar cada vez más “popularizado”.

– *Hay otros lugares, el parque de los Aliados de noche, hace mucho tiempo que es impenetrable, hoy es impenetrable...*

– *Hay mucha más inseguridad también...*

– *La inseguridad ha crecido salado...*

– *Sí, el estadio ha bajado su nivel de... en cuanto a su público, ha caído los niveles altos y ha crecido mucho en los niveles bajos...*

– *Ha crecido o se ha mantenido...*

– *Claro es mucho más popular, entre comillas...*

– *Es como que el espectro económico bajo, se impone y se adueña...*

– *Llega la tarde y la gente se va para sus casitas...*

– *Hay una tendencia a no compartir...*

– *Van con miedo, capaz que una persona que vive en Pocitos dice...*

– *No, no sé... se llenó de gente capaz que de mañana está mucho mejor... en vez de estar rodeado...*

– *También te pasa que en la playa Pocitos, mucha gente en verano, está en Pirlápolis, en Punta del Este, mojo...*

(Clase media, mixto 25-30)

Nuevamente la asociación es automática: hablando genéricamente de la ciudad, se identifica un lugar inseguro y enseguida se diagnostica su apropiación por las “clases populares”. Frente a ello, la clase media se aleja, y decide desplazarse geográficamente, distanciarse. Lo importante no es la veracidad o falsedad de lo que se dice, o la reflexividad del grupo –bastante desarrollada, por cierto– sobre los procesos de fragmentación social. Se destaca nuevamente la activación de un mecanismo funcional a la emergencia del discurso que relaciona pobreza e inseguridad. Operando en conjunto, los mecanismos recién develados “marcan” el discurso sobre la inseguridad ciudadana, especificando los lugares socialmente asignados a los sujetos peligrosos, que no de modo casual coinciden con las posiciones en el espacio social ocupadas por los pobres y los jóvenes.

III. Inseguridad, clases económicas y clases de edad

El discurso de los grupos de discusión respecto a la inseguridad registra entonces una serie de regularidades significativas. No obstante, el peso que adquieren la edad y la posición económica en las

prácticas discursivas constitutivas de estos sujetos presenta variaciones correlativas a la clase económica y la clase de edad del sujeto de discurso que los produce. Se trata ahora de reconstruir el sesgo que el discurso sigue hacia una u otra dimensión característica, a la luz de su contexto de producción, o sea, en qué medida la posición desde la cual se formula el discurso sobre la inseguridad supone clivajes en la carga de significado atribuida a la clase económica y la clase de edad en tanto factores de inseguridad. A su vez, cabe preguntarse respecto al modo en que este entramado de juegos discursivos afecta cada uno de los grupos de clase y edad: cómo reaccionan cuando son señalados.

Aquí es importante diferenciar entre *sujeto peligroso* y *sujeto de discurso*. El primero se define como aquella categoría social identificada en el discurso de los hablantes como portadora del peligro. El sujeto peligroso es entonces un objeto del discurso, una “verosimilitud referencial” (en términos de Ibañez). Lo verosímil referencial se inscribe en el ámbito de las relaciones del lenguaje y el mundo, allí donde se clasifica y valora las referencias, y se las coloca en contextos asignando a cada una su lugar apropiado. Según Ibañez (1979) todo discurso es una simulación de verdad, en tanto el orden del discurso simula un orden del mundo. En nuestro caso, el sujeto peligroso, como categoría verosímil en un mundo mediado por el lenguaje, es el resultado de una asociación sistemática entre una categoría (la juventud o la pobreza) y un atributo (la peligrosidad). Por otro lado, el *sujeto de discurso* es quien tiene la facultad de enunciar la existencia de un sujeto con tales atributos. Es, por tanto, el principio que enuncia una verosimilitud referencial. En nuestro caso, se trata de aquellas categorías sociales “representadas” por cada uno de los grupos de discusión, definidos según una posición económica y una edad particular.

Puede ocurrir (como aquí sucede) que ambos tipos de sujetos coincidan, o sea, que las características que definen a un sujeto peligroso (objeto) identificado por un grupo de hablantes sean similares a los rasgos distintivos de otro grupo de hablantes. Cuando ello ocurre, el análisis conjunto de los distintos grupos de discusión (internamente homogéneos pero heterogéneos entre sí) permite recrear artificialmente una situación social en la cual se entrecruzan múltiples enunciados que denotan series de atributos y categorías sociales. Esto permite evaluar el discurso

que se produce cuando un grupo se ve reflejado en el discurso del otro. Las múltiples tomas de posición que de dicho juego se derivan pueden ser interpretadas como verdaderas relaciones conflictivas entre grupos que, en disputa por el orden lingüístico, se constituyen en clases.

Siguiendo esta estrategia analítica, se observa que la importancia asignada a la percepción de inseguridad (a), la naturaleza de los sujetos identificados como “peligrosos” (b), y el auto-reconocimiento del grupo en tanto perteneciente a una clase peligrosa designada por otros (c) varían según las dos dimensiones consideradas: la edad y el capital económico (fuertemente relacionado con el lugar de residencia).

a. La percepción diferencial de inseguridad

El discurso respecto a la inseguridad adquiere diferentes niveles de relevancia según la clase económica. Es así que, cuando hacen referencia al uso de la ciudad y las relaciones de edad, los grupos pertenecientes a las clases altas (sin distinción de edad) asignan una importancia relativamente menor a los temas de inseguridad ciudadana en comparación con las clases medias y, sobre todo, las que se autositúan abajo. Si se compara el tiempo dedicado a estos temas así como su centralidad en las cadenas de argumentación (por ejemplo, si por distintos motivos siempre se termina en el tema y/o siempre que un hablante lo introduce predomina en la discusión), las diferencias inter-clase son notorias.

En este sentido, la distancia social opera en una doble dirección. Por un lado disminuye significativamente el contacto con esos sujetos: directamente se autoexcluyen –tienen también los medios para hacerlo– de los lugares frecuentados por los sujetos peligrosos (la noche de las luces, los cantes, las bailantas), y el contacto se restringe a situaciones esporádicas (los “nenes” que rompen la plaza Gomensoro, o los limpiavidrios de los autos).

– ...*la Noche de las Luces la hacen en Pocitos pero en realidad gente de Pocitos no va, va gente de otros barrios y tá*

– *y he escuchado a gente de Pocitos quejándose que está lleno de planchas*

– *sí, es que en realidad hay gente que sí*

– *es como que no, la gente de tu círculo no va*

– *Aquello que decías vos de los planchas, yo al principio iba y pasaba bien pero como todo el mundo... “la noche de las luces vamos a chorear que hay mil billeteras y cosas”, a medida que está todo medio mal y pasa eso la gente dice... En todo lo grande como que hay conflicto*

– *Como que las distancias son cada vez más grandes y se generan esos conflictos, esos espacios de violencia, lo que pasa es que yo digo “ellos que vienen de allá lejos”, yo me escuché diciendo eso y claro.... ¿qué es eso?*

– *Yo el año pasado trabajé en un asentamiento y los gurises me decían ilusionados que iban a la Noche de las Luces, como que es la oportunidad de conocer el barrio. La única vez que habían salido de la Teja era para la Noche de las Luces.*

(Clase alta, mixto 20-25)

Por otro lado, conforme la distancia social se incrementa, aumenta también el estigma y la generalización de los “otros”. Mencionando las causas que justifican la auto-exclusión de las clases altas de algunas zonas de la ciudad, la inseguridad aparece como la razón principal. Sin embargo, rápidamente – en el devenir del diálogo – el problema se desplaza desde el miedo que los “de abajo” generan en los “de arriba” hacia la discriminación que los primeros realizan sobre los segundos, dada su posición económica, su cultura y su educación. Las consideraciones sobre los “marginales” dibujan entonces una imagen altamente estereotipada y tipificada, al punto de invertir el sentido de la discriminación generado por un discurso excluyente.

– *Es la inseguridad*

– *Es la inseguridad, pero a veces también...*

– *A veces es también por la discriminación... en otros barrios así... humildes, te miran mal*

– *Tanto por eso no es... porque te vayan a marginar a vos y te vayan a decir cosas, sino por la cuestión de inseguridad que uno sabe que está ocurriendo en esos barrios mismos, yo no me iría a meter ahí.*

– *Para mí la discriminación se da más por parte de ellos para nosotros. Como que nos ven diferentes, en realidad no es así....*

– *Para mí es un tema de educación*

– *Nosotros tenemos como pautas de cómo tenemos que relacionarnos, de cómo comportarnos y en*

esos lugares esas pautas no están, hacen lo que quieren...

– *Es un problema de códigos... que habría que inculcar... no quiero decir que ellos vivan mal*

– *Ellos se marginan también a ellos mismos, más allá que la sociedad los pone en ese lugares, ellos también son culpables de la situación en cuanto a la marginación.*

(Clase alta, mixto 15-19)

En los grupos de clase media, la problemática de la inseguridad está más presente que en las clases altas, denota mayores niveles de reflexividad grupal, y produce una mayor dispersión de reacciones. Si bien se registran los mismos mecanismos de auto-exclusión de los espacios considerados “inseguros” (también estrechamente asociados a la pobreza), por lo general el contacto con las clases portadoras del peligro es mayor. Como la tendencia al uso exclusivo del espacio público es menor que en las clases altas (los medios para ello están más restringidos), la interacción (y el conflicto) en lugares comunes aumenta.

– *De noche están los boliches en frente, el W*

– *Yo te digo de tardecita yo iba bastante seguido antes con la gorda y me he topado con gente poco.... Que te ponen incómoda ¿viste?... gente que de repente se gritan entre ellos... no que te agradan a ti, están entre ellos en una situación que a mí me resulta agresiva, se gritan entre ellos, “ahh fulano, mengano”, “qué haceeeeé”, “qué ehh”, esas cosas...*

(Clase media, mixto 30-39)

Correlativamente al aumento de la convivencia inter-clase, los niveles de estigmatización disminuyen. Ahora el discurso denota una mayor preocupación por distinguir con claridad (sin generalizar) tanto sujetos como lugares peligrosos. Pero además se aboga por una mayor inclusión e interacción de las clases en la ciudad.

– *M: ¿En cuál sí te sentís en tu espacio?*

– *Zonas más... no sé si neutras, pero más... más...*

– *Heterogénea*

– *Donde haya más mezcla, una simbiosis... donde haya una supuesta clase media que no hay... claro... donde te encuentres con determinadas cuestiones, determinadas prácticas sociales, que por ahí no las*

harías pero tampoco te incomodan, hablando en términos económicos, económicamente pobres y donde te encuentres con prácticas sociales económicamente bien y estables pero donde no te sientas incómodo, que haya una mezcla. No es solo estigmatizar a los pobres y a los que te vienen a robar, podemos estigmatizar a otras personas también.

(Clase medio, mixto 20-25)

En los grupos pertenecientes a las clases populares, la inseguridad ocupa un lugar central y destacado. El barrio, el principal espacio público para estas clases, aparece sistemáticamente retratado por la pauperización y la violencia. La convivencia con sujetos que producen inseguridad es vivida como algo cotidiano que moldea y condiciona el uso público del espacio urbano, y que a su vez obliga a un esfuerzo sistemático de diferenciación para desplazar a “otros” el estigma del cual son objeto. La estigmatización de los jóvenes es el resultado inmediato de esta dinámica, y la criminalización su correlato natural.

– Además acá es una zona roja, eh una zona fea, ahora nomás venía en el ómnibus de trabajar 3 de los nuestros, no? Y como que la policía no los respeta mucho porque si bien tienen que cuidar la seguridad y todo, vienen negros de trabajar en la fundición, los pararon, pidieron documentos... (...) los ven que vienen de trabajar y los acosan, los ponen contra los móviles, los revisan, ellos tienen que tener una psicología y diferenciar el pibe que vos lo ves que viene de trabajar... (...) en bicicleta van y vienen de una metalúrgica (...) y fijate que los pararon y los revisaron, hay que saber diferenciar.

– Lo que pasa es que ellos ponen todo dentro de la misma bolsa...

– (...) A mí me a tocado a las 6 y media de la mañana, me voy a trabajar y venían 3, en un estado catastrófico, tirando la botella, agarrándola, tirando la bicicleta, agarrándola... entonces pienso: si sigo me los encuentro de frente, pero si me doy vuelta, a lo que me ven que me doy vuelta me corren y peor: que sea lo que dios quiera!, tá seguí, era Fulanito: en qué estado vendría que no me conoció! Pero venían tan duros, tan duros, tan duros, tan duros... que era una cosa impresionante (...) entonces el problema de la inseguridad es a toda hora (...) vos vas a trabajar macanudo, dormiste, te levantaste, pero ellos vienen

de toda una noche, y no sabés en las condiciones que vienen... (silencio)

(Clase baja, mujeres 30-39)

b. Los “otros” sujetos peligrosos

No solo la problemática de la inseguridad adquiere importancia conforme el grupo reúne los atributos generalmente asociados al peligro, sino que además los sujetos peligrosos también varían sus características de acuerdo a la edad y la posición económica del grupo. Los discursos diferenciados que se producen según la pertenencia a una clase u otra clase (definida en ambas dimensiones) tienen como denominador común, precisamente, destacar con énfasis diferentes marcas fundamentales: la clase y la edad. Pareciera que las posiciones de origen del discurso generan disposiciones (*habitus*, en el sentido de Bourdieu) “razonablemente” orientadas a resaltar una u otra característica del sujeto peligroso (Tabla 1).

Así, en forma recurrente –y sin hacer grandes distinciones– las clases altas y medias identifican marginalidad con peligrosidad. En las primeras, la identificación de sujetos viene generalmente acompañada de una mención explícita de la distancia social: habitantes de asentamientos, niños del cantegril, rastrillos del Cerro que no trabajan, “cabezas” (planchas en argentina) de las bailantas, planchas de otro círculo que viven en zonas distantes, “nenes” que van a la plaza del barrio, pobres que “bajan” a la rambla en La Noche de las Luces, etc. En las segundas, la riqueza de denominaciones es mayor: se mencionan a las “fichas” o “caras” habitantes de barrios marginales, los “planchas”, los “cumbieros”, los “menores” en situación de calle, los “pobres de los asentamientos” y “los jóvenes que presentan otro aspecto”⁵. La alusión a la clase económica está siempre presente para ambas categorías y se apoya (sobre todo en los más jóvenes) en elementos de distinción cultural (ámbitos de ocio y recreación). La edad está señalada en el caso de los menores y los jóvenes que presentan “otro aspecto”, pero la dimensión económica domina en tanto rasgo distintivo de los sujetos peligrosos.

5 Las diferencias de género relativas a la percepción de inseguridad no son tratadas en este artículo, pero la aparición de la figura del “taxista” (identificado por una mujer) es una pequeña pero elocuente muestra de su existencia.

Tabla 1: Sujetos que generan inseguridad, según clase económica y clase social			
Clase de edad	Clase económica		
	Baja	Media	Alta
Jóvenes (menores de 29)	<ul style="list-style-type: none"> - Bandas del liceo - Malandros del barrio maracaná - Malandros del Cerro norte - Jóvenes de la esquina - Banditas de "cantes" - Malandros del barrio (drogadictos) - Malandros del borro que no trabajan - Bandas de planchas y metaleros - Rastrillos de 17 metros - Jóvenes drogadictos 	<ul style="list-style-type: none"> - "Fichas" o "caras" habitantes de barrios marginales - "Planchas" - Cumbieros - Menores en situación de calle - Pobres - Jóvenes de su edad, pero con otro aspecto - Taxistas - Pobres - Los "planchas" (clase baja) - Pobres de asentamientos - menores 	<ul style="list-style-type: none"> - Marginales (habitantes de asentamientos) - Niños del cantegril - Habitantes del cantegril - Rastrillos del Cerro que no trabajan - "Cabezas" (planchas en Argentina) de las bailantas - Planchas, de otro círculo, que viven en zonas distantes
Adultos (mayores de 30)	<ul style="list-style-type: none"> - Jóvenes pobres - Jóvenes bichicomes drogadictos - Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> - Gente que habla mal en el Mambo (Parque Rodó). 	<ul style="list-style-type: none"> - "Nenes" de la plaza del barrio, limpiavidrios

Fuente: elaboración propia en base a CSIC 2006.

Ahora bien, la naturaleza de estos sujetos sufre mutaciones importantes cuando observamos el discurso de las clases populares. La posición económica, genéricamente considerada, pierde relevancia frente a la edad, de modo que juventud es sinónimo de peligro. Pero además, aparecen claras diferencias entre jóvenes y adultos en la consideración más genérica o más particularizada de la edad como factor de riesgo. En los jóvenes, los sujetos peligrosos (también jóvenes y pobres como ellos) aparecen mencionados directamente por su actividad delictiva y lugar de procedencia. Más allá de su cercanía o distancia, la adscripción a unos territorios y a unas conductas exige el establecimiento de límites precisos que garanticen una diferenciación necesaria: "bandas del liceo", "malandros del barrio Maracaná", "malandros del Cerro Norte", "banditas de los cantes", "malandros drogadictos del barrio", "malandros del Borro que no trabajan", "bandas de planchas y metaleros que se pelean en la esquina", "rastrillos de la calle 17 metros". Al contrario, en los adultos el "problema de los jóvenes" ocupa el lugar más destacado cuando se hace referencia a las cuestiones de inseguridad, y la clase económica queda relegada a segundo plano: siempre serán "jóvenes pobres", "jóvenes bichicomes", "jóvenes drogadictos", o "jóvenes" a secas.

c. Los "nosotros" sujetos peligrosos

Si la pobreza y la juventud definen las condiciones genéricamente asociadas a la inseguridad, y si además el discurso moldea diferencialmente las disposiciones o *habitus* de los grupos en la identificación de los sujetos peligrosos, resta por ver qué resultados arroja este "juego de clasificaciones" sobre los sujetos referenciados. Se trata de analizar ya no el discurso de los sujetos clasificadores sino el de los sujetos clasificados (esos "otros" tildados como peligrosos).

En principio, la doble condición del sujeto peligroso (el pobre y el joven) permite distinguir, desde un punto de vista analítico, sujetos "puros" de sujetos "híbridos". Los primeros se destacan por llevar la doble carga del estigma, por lo que al mismo tiempo no depositan en otras edades o en otras clases económicas la percepción de inseguridad. Si bien no son ajenos a la inseguridad ciudadana, no utilizan ni la edad ni la posición económica como "designadores rígidos" del sujeto peligroso; otras son, como ya vimos, las características destacadas. Los segundos –los sujetos híbridos– ocupan posiciones intermedias en el espacio bi-dimensional que define a las categorías portadoras del peligro: por poseer uno de los dos requisitos enunciados, pueden ser, al mismo tiempo,

Tabla 2: Categorías de distinción y agentes de clasificación de sujetos peligrosos, según clase económica y clase de edad

Clase de edad	Clase económica					
	Baja		Media		Alta	
	Categorías de distinción	Agentes de clasificación	Categorías de distinción	Agentes de clasificación	Categorías de distinción	Agentes de clasificación
Jóvenes (menores de 29)	<ul style="list-style-type: none"> - Pobres mal vestidos - Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> - Gente de Pocitos - Policía 	<ul style="list-style-type: none"> - Jóvenes 	<ul style="list-style-type: none"> - Vecinos de Pocitos de edad adulta, - Policía - Viejas de los ómnibus 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican
Adultos (mayores de 30)	<ul style="list-style-type: none"> - Habitantes de barrios pobres 	<ul style="list-style-type: none"> - Gente de plata 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican 	<ul style="list-style-type: none"> - No identifican

Fuente: elaboración propia en base a CSIC 2006.

objetos y sujetos de inseguridad (sujetos clasificados y sujetos clasificados), según se juzgue su edad o nivel económico.

La tabla 2 muestra la distribución de estos sujetos clasificados por clase y edad. A cada par de coordenadas (por ejemplo, clase económica baja y clase de edad joven) le corresponde unos agentes de clasificación (las personas del Barrio Pocitos y la Policía en la celda seleccionada), que podrían perfectamente asociarse a los sujetos clasificadores, o sea, los grupos sociales identificados por los supuestos sujetos peligrosos como productores del estigma del que son objeto. La tabla detalla también, para cada posición en el espacio, las categorías que según estos sujetos clasificados son utilizadas (en tanto designadores rígidos) por los agentes de clasificación, y que naturalmente se asocian a sus características (ser jóvenes o ser pobres, en nuestro ejemplo).

Evidentemente, si miramos el extremo opuesto de la tabla, se observa que tanto los jóvenes como los adultos de clase alta no se auto-identifican como objeto de una clasificación (en tanto sujetos peligrosos) por parte de otros grupos. Y algo similar sucede con los adultos de clase media. El análisis que sigue a continuación solamente tendrá en cuenta a los grupos clasificados dentro del espacio ocupado por los sujetos portadores de estigma, sean estos “puros” o “híbridos”.

El estigma opera con mayor fuerza en los grupos que reúnen ambas condiciones. Los jóvenes de clase económica baja perciben una clara discriminación por parte de las clases altas. La vestimenta es considerada un signo inconfundible de la clase de pertenencia, y en consecuencia opera como principio de distinción,

clasificación y publicación de una clase (económica y de edad) ajena al espacio público apropiado por las clases medias y altas.

- (...) yo puedo ir vestido de una manera y si ellos no me conocen ya cierran las puertas, pero tá, viste. O vos pasás por ahí en unas esquinas, en los barrios con plata así me ha pasado y paso por el auto así y la mujer agarra la cartera, pone la tranca, sube el audio y te queda así mirándote (risas) y vos decís pará! Claro, ¿entendés? (...)

*- Ellos pasan en auto así,
- Ni te miran*

(Clase baja, mixto 15-19)

De todas maneras, el estigma asociado al nivel económico es igualmente percibido por otras clases de edad pertenecientes al nivel socioeconómico bajo. Sin mediar otras distinciones, los habitantes de los barrios generalmente identificados como peligrosos perciben claramente el miedo que los “otros” depositan en “ellos”, y la discriminación que el miedo acarrea. La plena conciencia de los mecanismos de segregación que operan delimitando con precisión el espacio geográfico y adjudicando a cada clase su lugar correspondiente se hace evidente en los discursos de los adultos habitantes de barrios pobres. Por un lado, un grupo adultos de Piedras Blancas afirma lo siguiente:

*- La gente de plata no entra a ciertos barrios porque no...
- Zona roja
- Zona roja, “ahí no me meto”*

– *Nos tienen marcado en el mapa*
(Clase baja, mujeres 30-39)

Por otro lado, son estos mismos grupos discriminados por su condición de pobres que en tanto adultos depositan en los jóvenes la carga del peligro.

– *Porque hoy por hoy el fútbol se ha convertido en el peor de los espectáculos públicos que hay, de la inseguridad total... dentro y fuera... yo para hacerte una reflexión muy rápida el día jueves, jugaba Nacional (...) y eran las 4 de la tarde y tenías que ver los chicos de entre 14 y de ahí para arriba...totalmente borrachos y tirando las botellas, vendiendo todos los locales, todos los quioscos todo lo que había, cerveza, cerveza, y vino: una locura tal! (...) entonces ocurren las cosas que ocurren... vos date cuenta lo que ha pasado ahora nomás recién...*

– *Sí, hace poquito... [refieren al hincha de Cerro asesinado por otro de Peñarol].*
(Clase baja, mujeres 30-39)

Algo similar ocurre con los jóvenes de clase media, que en un sentido inverso a los adultos de clases populares experimentan la discriminación de los otros por su condición de jóvenes, y al mismo tiempo se apoyan en su posición económica para distinguirse de los sujetos peligrosos. En tanto jóvenes, sufren la estigmatización de los adultos y vehiculizan el fantasma de la inseguridad por ser, producto de su edad, diferentes (por ejemplo) en la vestimenta o en el consumo recreativo de drogas. La edad, en este caso, especifica el tipo de uso del espacio urbano dentro de una misma clase económica:

– *Y mucho por el desconocimiento, porque ven un peludo y "este falopero", es la típica yo me lo mamé de niño y me decían "cuidado en la escuela que regalaban droga" (risas) . Si llegan a reglar droga, la cola llega hasta la esquina, sin duda (risas).*

– *"¡el caramelo viene con drogas!" (risas)*

– *Pero ahí ¿qué pasó?, todos regalaban droga, todos los peludos eran faloperos*

– *Eso no son solo los viejos, ojo!, eso es general*

– *Pero yo creo que eso es por el desconocimiento y toda una generación de gente creció con eso y ahora ve tres locos en un esquina y es una cosa de...*

– *La policía persigue a los peludos siempre, que están mal vestidos siempre, por más que sean... (risas)*

– *A mi me paraban, había una época que yo salía de practicar, ponele a las 10 y media de la noche, iba caminando todos los días por la misma calle, derechito 15 cuadras era matemático, pasaba el patrullero, daba la vuelta y me paraba en la otra esquina*

– *Estarían buscando droga, algo de eso.*

– *(...) y otra que me pasó, a mí yo creo que es la cara, seguro que es la cara, vamo a ver, después les cuento. Una vez me pasó de que me bajaran de un bondi, paró la policía, paró el bondi, subió la policía, y yo estaba así tranquilo, no entendía nada y me dijeron "¡bajate!" (risas) "¡bajate, dale flaco!, bajate que no se qué" y me bajaron y me dejaron así, me hicieron todas las revisiones (...) y vieron que venía de facultad, tenía algunas láminas y cosas y qué se yo, y me hicieron subir al bondi de vuelta.*

(Clase media, mixto de 20 a 24)

Como la "miopía estratégica" se incrementa con la distancia social (Filardo et. al., 2006), en las clases de edad alejadas de la juventud la clasificación se realiza sin distinguir con precisión la edad de la clase económica, por lo que estos jóvenes de clase media deben acreditar permanentemente su condición de clase económica, para usar el espacio público propio de esa posición. Son generalmente la policía –al servicio de la clase etaria y económicamente dominante– o la seguridad privada –contratada para regular un espacio público– los agentes que regulan dichos procesos de acreditación.

– *Mismo la policía, la policía, hay lugares que se sabe que hay venta de drogas, o que hay muchos guachos que vienen a joder o a hacer...*

– *Capaz que vos vas una vez a un lugar y te paran, te ven al otro día y no te paran, te ven al otro día menos... al cuarto día ya lo saludás al milico y (risas), claro es así*

– *Nosotros con el seguridad de [la plaza] Gomenoro el primer día vino preocupado así, después tá todo bien*

(Clase media, mixto de 15 a 19)

Al igual que los adultos de bajo nivel socioeconómico, éste grupo discriminado por su condición de

jóvenes deposita, dada su clase social, en los pobres (o “planchas”) la carga del peligro.

– Solo podés perder la plata de la entrada
 – Te van a robar en la puerta (hablan todos)
 – Si hablamos de lugares para divertirse, tenés, cada uno tiene su ambiente y tá lo tuyo va hasta ahí, yo que se, si no sos cumbiero vas ahí, ¿cómo es?...a “Galápagos” no va a ir nadie (risas), al “Inter” [tradicional baile de sectores populares] tampoco...

(Clase, mixto de 20 a 24)

IV. Conclusiones

En las páginas anteriores se mostró cómo el discurso socialmente dominante –aquél generalmente elaborado desde las clases medias y altas (en edad y posición económica), y que tiene mayor resonancia en los grandes medios de comunicación– tiende a identificar juventud y pobreza con inseguridad y delincuencia. Así, con mayor o menor fuerza, estas dos “marcas” operan como designadores rígidos de los sujetos peligrosos. Jóvenes y pobres son, en consecuencia, objeto de estigmatización permanente.

De todas maneras, la cuestión de la inseguridad ciudadana no tiene la misma relevancia para todas las clases económicas y de edad. Las clases económicas altas están menos preocupadas por las cuestiones de inseguridad que las clases medias, y en comparación con las clases bajas las diferencias son significativas. La mayor distancia social disminuye la interacción, por lo que, a medida que se alejan del “aquí y ahora” de la situación “cara a cara”, las “tipificaciones” que los grupos de clase alta realizan respecto a los sujetos supuestamente peligrosos se vuelven progresivamente anónimas (Berger & Luckmann, 1968). Si bien esto “protege” a las clases altas del contacto “peligroso” con las clases bajas, una mayor abstracción en la definición de las tipificaciones se corresponde con un aumento en la estigmatización: una especie de “miopía estratégica” que tiende a ver difuso (y homogéneo) aquello que se encuentra distante en el espacio social y geográfico. Las clases medias comparten más espacios con los supuestos “sujetos peligrosos”, el miedo aumenta, pero el estigma disminuye vía contactos frecuentes. En las clases bajas, la inseguridad ocupa un lugar privilegiado en el discurso sobre la ciudad. El barrio (espacio público por excelencia), se presenta como un lugar de conflicto cotidiano, en

donde los pobres todavía “integrados” intentan diferenciarse persistentemente de los ya “excluidos” (Saraví, 2004).

Tampoco el peso asignado a cada una de estas marcas (edad y posición económica) se distribuye equitativamente. Las clases altas sesgan la identificación de los sujetos peligrosos hacia la pobreza, mientras que a medida que se desciende en la escala social otras dimensiones, como la edad, se vuelven relevantes. Mientras la clase media presenta mayor diversidad en los sujetos identificados, la juventud aparece casi exclusivamente “marcada” para los adultos pobres. Pero cuando las dos “marcas” se hacen presentes en un grupo (como en los jóvenes pobres), la distinción se vuelve exquisita: un lugar geográfico claramente definido y distinto al lugar propio, y una conducta delictiva también diferenciada suplen la completa ineficacia de los “designadores rígidos”. La dinámica que rige los desplazamientos se hace evidente: cuando un grupo cumple con una de las “marcas”, se recuesta en la otra para distinguir a unos “otros”.

Las consecuencias que este sistema de clasificación de los sujetos peligrosos tiene sobre los distintos grupos sigue también un patrón de desigualdad nuevamente marcado por la clase económica y la edad. Por su condición de “recién llegados”, los jóvenes de clase media cargan con el estigma del sujeto peligroso, pero al mismo tiempo se sienten inseguros frente a los jóvenes pobres. Su tránsito por la ciudad (sobre todo por las zonas habitadas por la clase económica a la que pertenecen) presenta mayores niveles de publicación: son más visibles ante la mirada reguladora de la policía, por lo que deben acreditar “caso a caso” su posición económica. Ahora bien, por su condición de pobres, los adultos que residen en barrios populares son objeto de la estigmatización y segregación permanente por parte de las clases altas. Ello los lleva a tildar de infundado el miedo crecientemente difundido desde los medios de comunicación, y a considerar injusta y discriminatoria la asociación entre pobreza y peligrosidad. De todas maneras, son los jóvenes pobres, portadores de ambas marcas, los más perjudicados por este juego de clasificaciones. Objeto permanente de señalamiento, sufren el asedio constante de la policía, pero además deben realizar el esfuerzo de desplazar el estigma hacia otros sujetos (pobres y jóvenes como ellos, pero siempre más “marginados”) que les generan inseguridad.

Detrás de esta pronunciada desigualdad en la prescripción de los sujetos peligrosos se evidencia la predominancia de unos “imaginarios urbanos” –leyendas, símbolos, imágenes, relatos, etc., en el sentido de García Canclini (1997)– que determinan una distribución de ningún modo casual de los estigmas.

¿Qué medidas adoptar ante la proliferación de los estigmas? ¿Cómo contrarrestar sus efectos? ¿Qué estrategia adoptar para “recortar” las distancias que operan en la percepción del “otro”? En principio, será preciso agudizar la mirada sobre el fenómeno de la inseguridad ciudadana, asegurando un enfoque plural, que despeje los fantasmas de los sujetos peligrosos y minimice el peso simbólico de los estereotipos; todos pre-requisitos para una nueva política pública orientada a operar sobre el código cultural y revertir procesos de exclusión y desigualdad. Un enfoque semejante deberá servir de base para un programa que trabaje sobre los estigmas como objetos de políticas públicas. Contrarrestar los procesos de violencia simbólica que los originan, recortar sus espacios de emergencia y explicitar la distribución diferencial de los señalamientos que reproducen e incrementan situaciones desiguales: todas tareas prioritarias que no deben quedar fuera de la agenda de una administración preocupada por la desigualdad social y la fragmentación urbana (Filardo et. al., 2008).

Bibliografía

- BERGER, P., LUCKMAN, T.: “La construcción social de la realidad”. Amorrortu. Buenos Aires (1968)
- BOURDIEU, P.: “Cosas dichas”. Gedisa, Barcelona (1996)
- BOURDIEU, P.: “Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción”. Anagrama. Barcelona (1997). 1ª ed. 1994
- BOURDIEU, P.: “La distinción. Criterio y bases sociales del gusto”. Taurus. Madrid (1991). 1ª ed. 1979
- BOURDIEU, P.: “Sociología y cultura”. Grijalbo, México (1990)
- CALLEJO, J.: “Grupo de Discusión: la apertura incoherente”. Universidad Nacional de Educación a Distancia. Madrid (2002)
- CASTEL, R.: “La inseguridad social. ¿Qué es estar protegido?”. Manantial, Buenos Aires (2004)
- DOMÍNGUEZ, P.: “Hacia una teoría estructural sobre el temor ciudadano”. VI Jornadas de Investigación Científica – Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de la República. Montevideo (2007)
- FILARDO, V., AGUIAR, S., FARÍAS, E., NOBOA, L., CHOUHY, G., SCHINCA, P., ROJIDO, E.: “Genética de la inseguridad ciudadana”. En “El Uruguay y la Sociología VI”. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo (2008)
- FILARDO, V., AGUIAR, S., CARDEILLAC, J., FARÍAS, E., NOBOA, L.: “Usos y apropiaciones de espacios públicos de Montevideo y clases de edad”. Artículo sintético del informe final. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo (2007)
- FILARDO, V., AGUIAR, S., FARÍAS, E., NOBOA, L., CHOUHY, G., SCHINCA, P., ROJIDO, E.: “Las clases de edad y el uso de los espacios urbanos. Análisis de cinco grupos de discusión”. Documento de Trabajo N° 75. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo (2006)
- FILARDO, V., AGUIAR, S., CARDEILLAC, J., FARÍAS, E., NOBOA, L.: “La ciudad: las múltiples ciudades”. Documento de Trabajo N° 73. Departamento de Sociología – Universidad de la República. Montevideo (2005)
- GARCÍA CANCLINI, N.: “Imaginarios Urbanos”. Editorial Universitaria de Buenos Aires. Buenos Aires (1997)
- GOFFMAN, E.: “Estigma. La identidad deteriorada”. Amorrortu. Buenos Aires (1993). 1ª ed. 1963
- HAYWARD, K.: “City Limits. Crime, Consumer Culture and Urban Experience”. Cavendish Publishing. Portland (2004)
- IBÁÑEZ, J.: “Más allá de la sociología. El grupo de discusión, teoría y crítica”. Siglo XXI. México (1979)
- KAZTMAN, R.; RETAMOSO, A.: “Segregación espacial, empleo y pobreza en Montevideo.” En “Revista de la CEPAL” n° 85. Santiago de Chile (2005)
- KAZTMAN, R.: “Seducidos y abandonados: el aislamiento social de los pobres urbanos”. En “Revista de la CEPAL” n° 75. Santiago de Chile (2001)
- LAWLER, S.: “Class, Culture and Identity”. En Sociology Volumen 39 n° 5. British Sociological Association, UK (2005)
- PATERNAIN, R.; DONNÁNVELO, J.; VILA, A.; GONZÁLEZ, V.: “Panorama de la violencia, la criminalidad y la inseguridad en Uruguay”. PNUD-Ministerio del Interior (2008).
- SARAVÍ, G.: “Segregación urbana y espacio público: los jóvenes en enclaves de pobreza estructural”. En “Revista de la CEPAL” n° 83. Santiago de Chile (2004)
- SAVAGE, M.: “Class Analysis and Social Transformation”. Open University Press. Buckinham (2000)
- WACQUANT, L.: “Parias Urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio”. Manantial. Buenos Aires (2001)

Resumen

Desde una perspectiva del habitante, los lugares inseguros y los sujetos peligrosos identificados por los ciudadanos de Montevideo constituyen signos inconfundibles de las fronteras de la ciudad. El artículo revisa las reglas que rigen la identificación, clasificación y estigmatización de sujetos peligrosos, mostrando algunos mecanismos fundantes de la fragmentación urbana. Primero se analizan los mecanismos discursivos que naturalizan la relación de la pobreza y la juventud con la delincuencia. Se muestra cómo en un proceso discursivo, la mención de lugares inseguros lleva a la identificación de “los pobres” como sujetos peligrosos, y cómo el discurso sobre los jóvenes deriva en su identificación como sujetos amenazantes. Segundo, se analiza cómo varía el peso de las dimensiones económica y etaria en la caracterización de estos sujetos, según clase social y edad del sujeto productor del discurso. Tercero, se analizan las “reacciones” ante el estigma y la discriminación por parte de los distintos grupos de clase económica y clase de edad. El análisis muestra cómo las fronteras simbólicas de la convivencia en la ciudad son también productoras de la exclusión y desigualdad.

Palabras clave: Juventud / Ciudad / Estigma / Inseguridad.

Abstract

From an inhabitant perspective, the locations and subjects threatening, identified by the citizens of Montevideo, are unequivocal signs of the borders' city. The article reviews the rules shaping the identification, classification and stigmatization of dangerous subjects, showing some foundational mechanisms of urban fragmentation. First we analyze the discursive mechanisms that naturalize the association of poverty and youth with delinquency. It is shown how in a discursive process, the mention of unsafe locations leads to the identification of “the poor” as dangerous, and how the discourse about youth points to its identification as a threatening subject. Second, we analyze the variations in the weight of the economic and aged dimensions when these dangerous subjects are characterized, regarding the economic class and age of the subject producer of discourse. Third, we analyze the “reactions” to the stigma and discrimination by the various groups of economic class and age class. The analysis shows how the symbolic limits of the city life are also producers of exclusion and inequality.

Keywords: Youth / City / Stigma /Insecurity.